

Rescates, réplicas y contrarréplicas

“Para conocer, señor, hay que andar”

Peregrinación de Alpha

MANUEL ANCÍZAR

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2019, 524 pp.

EN 1853, en la recién fundada imprenta de los hermanos Echeverría en Bogotá, se publicó la primera edición de la *Peregrinación de Alpha*, del escritor, abogado, profesor y periodista Manuel Ancízar (1812-1882), conocido entre los lectores de la época como “Alpha”, seudónimo con el cual firmaba sus artículos y colaboraciones de prensa.

La publicación de este libro, uno de los clásicos de la literatura colombiana del siglo XIX, estuvo motivada por los lazos de amistad que unían a Ancízar con los Echeverría por el hecho de haber compartido un oficio común —el de impresores— y también por la necesidad de dar un sólido arranque comercial a las nuevas actividades editoriales de los hermanos. Como Alpha gozaba de cierta notoriedad pública por sus trabajos periodísticos y por su labor docente en distintas universidades, un libro suyo sería el indicado para estrenar con augurios de éxito las prensas del naciente negocio.

¿Cuál era el contenido de este libro cuyo título evocaba la tradición religiosa y ascética de la “peregrinación” y a la vez traía resonancias científicas asociadas al uso de esa primera letra del alfabeto griego, que había caminado por la historia del pensamiento desde sus orígenes como unos trazos esquemáticos que representaban una cabeza de buey, en tiempos de los fenicios, hasta volverse un símbolo de connotaciones abstractas en el ámbito de las ciencias?

Una primera respuesta la proporciona con elegante síntesis Gustavo Silva Carrero, el profesor encargado de esta cuidada y preciosa edición de la Universidad Nacional, cuando en las páginas introductorias del libro señala que *Peregrinación de Alpha* es “ante todo un libro de viaje; un raro libro de viaje” (p. 12). A la definición precisa de Silva Carrero solo cabría trocarle el singular del segundo término por un plural: “viajes” en lugar de “viaje”. *Peregrinación de Alpha* es un libro de viajes, múltiples por los alcances geográficos y variados por las modulaciones sensibles del viajero.

Las crónicas de viaje que componen el libro las había escrito Ancízar en calidad de integrante y primer secretario de la Comisión Corográfica, la más significativa misión científica adelantada en Colombia en el siglo XIX, cuyo propósito era “recorrer todo el país a lomo de mula durante seis años” (p. 15) para levantar una cartografía exhaustiva —con datos meteorológicos, etnográficos

y demográficos— del portento natural del territorio colombiano (neogranadino, se hubiera dicho entonces).

A la cabeza de la comisión, iba, como no podía ser de otra manera, uno de esos románticos infatigables del siglo XIX, un veterano de las guerras napoleónicas, mercader de telas en Estambul cuando la falta de misiones bélicas lo dejó sin oficio en Europa, e ídolo científico décadas después en Caracas cuando levantó con una precisión minuciosa el primer mapa moderno de Venezuela: el teniente coronel italiano Agustín Codazzi, quien acabó muriendo consumido por la malaria en una de las salidas finales de la comisión en un pueblo de la costa Atlántica llamado Espíritu Santo, rebautizado luego con el nombre de Codazzi en su honor.

Siendo un proyecto científico de tan vastas proyecciones, la Comisión Corográfica superó el límite original de los seis años y ya iba en el noveno cuando sobrevino la muerte de Codazzi. En este lapso de casi una década, se reconocen distintas etapas de la comisión según la región recorrida y los integrantes que participaban en cada expedición.

En el primer viaje, iniciado el 21 de enero de 1850, el equipo era bastante pequeño. Estaba constituido por Codazzi como jefe y Ancízar como cronista y secretario oficial, además de algunos criados y cargueros de rigor. Luego, en 1851, para la segunda salida, a Codazzi y Ancízar se sumaron Domingo Codazzi, uno de los hijos del teniente coronel, el botánico José Jerónimo Triana y el pintor venezolano Carmelo Fernández (esta edición de la Universidad Nacional recupera y reproduce 30 bellísimas láminas del trabajo de este artista).

Ancízar, lastimosamente, solo alcanzó a participar en esta primera etapa porque el gobierno lo relevó de su cargo en la comisión para destinarlo a una delicada gestión diplomática sobre un problema fronterizo con Ecuador. Sin embargo, aun cuando hubiera sido deseable leer las crónicas escritas por Ancízar acerca de todas las regiones del país recorridas por la comisión, el inmenso material de los primeros dos años reunido en la *Peregrinación de Alpha*, sobre los territorios actualmente comprendidos en los departamentos de Cundinamarca, Boyacá, Santander, Norte de Santander y una porción pequeña del Cesar, constituye uno de los hitos más altos de la prosa de no ficción en la Colombia del siglo XIX.

Porque Ancízar era un prosista consumado, dueño de una técnica formal impecable y de una voz narrativa resonante y vívida, y además, en contraste con muchos contemporáneos suyos también notables escritores e intelectuales, era un hombre de letras dispuesto a aventurarse por las trochas más terribles e intransitables de esta geografía inverosímil, convencido de poder derivar de allí una forma nueva de conocer y describir el territorio menos dependiente de las fuentes librescas de los gabinetes y bibliotecas y más cercana al contacto directo con las cosas, los lugares, los climas y la gente.

Lo anterior, desde luego, no significa que Ancízar no estuviera en dominio de un vasto bagaje literario y científico, sobre todo en materia de geología, mineralogía y literatura francesa, pero sí apunta a un cualidad que habla bien de su desprejuiciada aproximación a la ciencia

sancionada por los libros y los sabios europeos: cuando la experiencia en terreno desmentía una opinión científica de prestigio, a Ancízar no le entraba ningún reparo ni se sentía desautorizado en dejar constancia de ello, pues privilegiaba el carácter tentativo de la observación propia sobre la pretendida validez universal de la autoridad académica.

En el capítulo sobre el ascenso a las cumbres nevadas del Cocuy, cuando los integrantes de la comisión bordean los 5.000 metros de altura sobre el nivel del mar, Ancízar contrasta una de estas teorías autorizadas con una observación verificada in situ: “Físicos de gran reputación habían hablado del peligro de esforzar la voz en tales alturas [4.783 m s. n. m.] y del color casi negro de la bóveda celeste. Nosotros gritamos bastante sin la menor novedad y vimos el cielo constantemente de color azul pálido” (p. 227).

Ancízar alterna con maestría las anotaciones científicas de rigor con los pasajes donde predomina la descripción literaria. De la fuerza y belleza descriptivas de la prosa de Ancízar puede dar testimonio este pasaje sobre la majestuosidad vertical y la monumentalidad horizontal de los árboles erguidos y caídos en las densas y gigantes selvas de la región del Carare:

El caucho, el almendrón y el ceibo, colosos de vegetación, irguen sus copas por encima de los demás árboles, cobijándolos con sus gigantescas ramas [...]. Cuando uno de estos colosos cae desarraigado por el huracán o minado por la vejez, abre en el bosque una ancha calle [...] y entonces el oscuro tronco forma una eminencia prolongada que se cubre de arbustos e interrumpe la llanura con la apariencia de una larga colina: tal es la grandeza de estas ruinas vegetales, imponentes aunque postradas. (p. 114)

El paisaje humano también queda retratado por el genio literario de Ancízar sin caer en los —a veces— estereotipados y manidos retratos del costumbrismo decimonónico. A la caída de la tarde, tras el cierre del mercado en el pueblo santandereano de Vélez, cuando todo queda en silencio, solo se escucha “algún tiple tocado por la ya trémula mano de un galán que obsequia a su dama en la desprovista chichería, a la luz de dos o tres cabos de velas de sebo, pegados de las tablas” (p. 106).

O, volviendo a las alturas de transparencia lacerante del Cocuy, se ve la imagen de una mujer solitaria que pasa los días entonando canciones para ahuyentar a los carroñeros que vuelan amenazantes sobre los rebaños:

Una voz monótona y triste que devolvían los ecos de las peñas vino a sacarnos de nuestra distracción, y buscando con la vista quién cantaba de esa manera en aquel desierto, columbramos a lo lejos, y acurrucada junto a las rocas, una mujer vestida de bayeta [...que] cantaba para espantar los buitres. (p. 214)

Las bellísimas imágenes de Ancízar ocupan largos trechos de la voluminosa *Peregrinación de Alpha*, pero también hay espacio para las inquietudes y reflexiones sobre la situación de atraso material de vastas provincias y regiones de Colombia. Ancízar viaja, camina, cruza

ríos en tarabita, monta mulas retrecheras, hunde los pies en la nieve, sumerge el cuerpo en las ciénagas, con el noble propósito de conocer sin prejuicios raquíticos ni idealismos desbocados cómo era realmente su país y quiénes eran los habitantes de su geografía. Retoma así una tradición viajera de antecesores ilustres, como Humboldt, Boussingault y Cochrane, al tiempo que él mismo se vuelve un precursor de los viajeros del siglo siguiente.

Ancízar bien habría podido asumir como un lema propio esa frase que Alfredo Molano, uno de sus más notables herederos en el siglo XX, recordó haberle oído a un viejo campesino negro en El Charco, Nariño, y que citó en el discurso de recepción del doctorado honoris causa concedido por la Universidad Nacional (de la cual, grata coincidencia, Ancízar fue el primer rector): “Para conocer, señor, hay que andar”.

Jerónimo Uribe Correa